

DON JUAN MANUEL Y EL PENSAMIENTO MEDIEVAL*

La Baja Edad Media tiene en Alfonso el Sabio y en su sobrino Juan Manuel las más representativas figuras de ese saber enciclopédico característico de la “intelectualidad” del Medioevo. Ese mundo medieval que aún no se había fraccionado en estados nacionales y cuyo saber se alimentaba de una fuente común. Por ello, un acercamiento a la personalidad literaria de don Juan Manuel, en este caso, no puede partir de la parcela literaria nacional sino de un ámbito mayor, el de la tradición occidental heredera o, más bien, continuadora de la Antigüedad clásica.

Nada más a propósito que recordar el prólogo de E. R. Curtius a su *Literatura europea y Edad Media latina* (1945) escrito en un momento crítico para la preservación de la civilización y cultura europea. Encontrar las huellas de esa herencia latina, patrimonio común de las literaturas occidentales, fue su aspiración, para una mejor y mayor comprensión de nuestra cultura. Pero también era un deseo de ir más allá de las fronteras de las literaturas nacionales.

Un intento de este tipo fue mi trabajo sobre la sociedad estamental (Stefano 1966); fue una búsqueda por situar a don Juan Manuel y a otros escritores de la época en el ámbito del pensamiento organicista del Medioevo europeo. Significaba insertar la España medieval en un contexto más amplio y ofrecer una muestra de testimonios literarios hispánicos referentes a dicha concepción político-social.

Don Juan Manuel se presenta como figura controversial si queremos abarcar conjuntamente dos imágenes tan opuestas como son su vida pública, marcada por el signo del orgullo y sagacidad política dirigida al acrecentamiento de su poderío, y la de hombre de letras. Pero también dentro de su misma actividad literaria presenciamos las tendencias antagónicas propias del medioevo; en sus obras doctrinario-didácticas vierte su visión del mundo, común al pensamiento medieval, con sus característicos tópicos heredados de la Antigüedad: búsqueda de claridad y acercamiento al lector común, y al mismo tiempo un deseo de oscuridad retórica propia para iniciados; apego al saber tradicional libresco y simultáneamente al orgullo y seguridad que le otorga su

*. Publicado en 1982, En *Don Juan Manuel, VII centenario*, 337-351. Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, Universidad de Murcia.

experiencia personal vivida en carne propia; humildad del artista en cuanto simple instrumento divino y al mismo tiempo conciencia de su personalidad artística.

Así como las jarchas en lengua vulgar y de inspiración popular solo podían haber surgido de un pueblo en contacto con el mundo árabe, el cual no conocía el “peso” de una lengua culta enfrentada a una lengua popular sin dignidad para la escritura, así España dio, por primera, cabida al cuento oriental: el *Libro del Conde Lucanor*, la otra faceta de su actividad literaria, la mejor lograda colección de cuentos en la que don Juan Manuel desarrolla con mayor libertad la función fabuladora convirtiendo en materia viva el conocimiento doctrinario de toda su obra.

En el *Libro del caballero et del escudero*¹ nos ofrece don Juan Manuel el conjunto de conocimientos humanos y divinos de su época, necesarios para conocer al mundo y al hombre en sus relaciones con lo divino. Este pequeño tratado puede considerarse una enciclopedia en miniatura, género científico, que hereda la Edad Media de la antigüedad clásica; a lo largo de los siglos se compilaron sumas que intentaban abarcar todos los conocimientos humanos. En San Isidoro de Sevilla y en Alfonso el Sabio pudo encontrar Juan Manuel los modelos más cercanos de un género con amplia tradición medieval, aunque su fuente más directa fue Raimundo Lulio.

El caballero novel necesita de un determinado aprendizaje para convertirse en caballero. Para conocer su lugar en el mundo, al igual que el príncipe Johas del *Libro de los estados*, debe antes conocer qué es el mundo, y el caballero anciano será el transmisor de ese saber. Mediante el recurso retórico más sencillo, procedente de la tradición escolar clásica, preguntas y respuestas en forma de diálogo, Juan Manuel despliega ese saber enciclopédico: el mundo físico de animales, plantas, metales, piedras, mares, la tierra, los planetas y por último el hombre. El mundo, nos dice don Juan Manuel, fue creado por Dios por un acto de voluntad y un imperativo de su bondad para su propia gloria. Para la filosofía cristiana, subyacente en el pensamiento de don Juan Manuel, la idea de que un Dios bueno crea por un imperativo de su propia bondad es de herencia platónica transmitida a través de San Agustín. Todas las cosas fueron hechas para “mostrar en ellas... su grand bondat” (*L. cab.*, 249); todo lo ha creado Dios “por seer servido et loado et conocido lo que puede dél conoscer por las sus sanctas et maravillosas obras... et esto fizo él por su voluntad” (*L. est.*, 348). Si bien hay una corriente cristiana caracterizada por el pesimismo y la condena de la naturaleza –pensamos en los movimientos monásticos de rechazo a los bienes

1. Obras de Don Juan Manuel citadas: *Libro del caballero et del escudero*, *Libro de los estados*, *Libro infinito*, en Gayangos 1952; *Libro de la caza*. Barcelona: C.S.I.C., 1947; *Libro del Conde Lucanor et de Patronio*. Buenos Aires: Librería Huemul, 1972.

de este mundo— don Juan Manuel se une a las otras voces, también presentes en la filosofía cristiana, que llevan el sello del optimismo.²

En sus largas enumeraciones y concisas descripciones de lo creado por Dios —recordemos su asombro ante lo que él denomina la “maravillosa” obra del Señor que “de cuantos hombres en el mundo son, non ha uno que semeje a otro en la cara” (*Luc.*, prol.)— se siente ese optimismo derivado de la multiplicidad maravillosa de todo lo creado “en cuanto las fizo de la nada” (*L. cab.*, 249), para que la criatura más perfecta sobre la tierra pueda servirse y aprovecharse de ellas. Pero no solamente percibimos ese optimismo cristiano hacia el mundo físico sino también en la aceptación de los valores sociales inherentes a la vida terrenal. *El libro de los estados* bien puede considerarse una glorificación del hombre “en el mundo”; no todos han sido llamados a la vida ascética, de ser así ¿cómo podría este mantenerse? dirá el consejero Turín a su discípulo el príncipe Johas. Más bien se trasluce en la obra de Juan Manuel un velado rechazo o desconfianza por cualquier manifestación mística o ascética como en el ejemplo XLII de la falsa beguina del *Lucanor*. Aunque el fin último del hombre es la salvación del alma, tal salvación se logra cumpliendo unos determinados deberes de orden social correspondientes al propio estado (estamento). Tal es la tesis central del libro. La misma vida de don Juan Manuel es un ejemplo de vida activa y no de rechazo y renuncia; es un estar en el mundo, vivir y luchar en él. Y los mismos cuentos del *Conde Lucanor* no son sino ejemplos de cómo manejarse los hombres en el mundo para que sus obras “les fuesen provechosas de las honras, et de las faziendas, et de sus estados...” (*Prol.*), tres aspectos de la vida del todo terrenales.

Está dentro de la más pura tradición medieval considerar a la naturaleza del hombre con optimismo así como a la creación en su totalidad. Se pretende a menudo, ver en las alabanzas a la criatura humana algo propio del espíritu renacentista; lo que hace el Renacimiento es desvincular a esa maravillosa criatura de su creador, romper el cordón umbilical que lo une al padre y que lo supedita en todos sus actos a su fin primordial: salvar el alma. Del mismo modo que Machiavelli libera a la “razón de Estado” de implicaciones éticas que son ajenas al *logos* político, así el hombre renacentista centra su atención sobre sí mismo para desarrollar todas las fuerzas potenciales que hay en él.

Juan Manuel siente admiración por el mundo físico y por el hombre; en el *Libro infinido* dirá: “la razón porque el omne es más noble criatura, es porque el omne es compuesto del alma et del cuerpo, e ha entendimiento e razón, e ha libre

2. Cf. Gilson (1952:115 y ss.).

albedrío para poder fazer bien o mal. Et esto non ha ninguna criatura que sea en el cielo, nin en la tierra, sinon el omne” y más adelante agrega “et aun algunos tienen que es más noble que las criaturas celestiales” (265). Las tres facultades que hacen del hombre ese ser tan digno de elogios para Juan Manuel son la *razón*, el *entendimiento* y el libre albedrío; hasta más noble que los ángeles mismos llega a decir Juan Manuel aunque evita la responsabilidad de tal afirmación con la frase “et aun algunos tienen...”; la superioridad del hombre sobre los seres celestiales posiblemente reside para Juan Manuel en el hecho de que éstos “no pueden caer en culpa” (*L. cab.*, 241) precisamente porque no poseen el mayor don dado por Dios al hombre: el libre albedrío. Esta idea lleva implícita una concepción trágica del hombre por su posibilidad de elección entre el bien y el mal, y de ahí su grandeza. Si bien Juan Manuel no define en ningún momento qué son *razón* y *entendimiento*, términos de mucha confusión para los pensadores medievales,³ por el contexto en que aparecen en muchos pasajes de sus obras, podríamos afirmar que la *razón* es la parte del espíritu humano que permite aprehender las más altas verdades y que diferencia al hombre del animal, y el *entendimiento*, que varía de hombre a hombre, es una cierta madurez intelectual que permite interpretar el mundo de los fenómenos.

Este ser dotado de libre albedrío está inmerso en el mundo físico; los principios que rigen todo lo creado son para el pensamiento medieval la armonía, jerarquía y concordancia, por lo tanto es su corolario que nada existe ni tiene sentido aisladamente: el orden natural se apoya en un orden sobrenatural ya que de él depende su origen y su fin. Si entre los hombres hay jerarquías (los tres órdenes o estados) es porque dicha ordenación imita la jerarquía celeste; del mismo modo en el hombre se repite la estructura del universo. La descripción del hombre como un universo en pequeño análogo al macrocosmos se fundamenta en lo que Gilson ha llamado “el razonamiento por analogía”.⁴ Tal tipo de razonamiento que intenta explicar la armonía y la concordancia entre todo lo creado tiene su causa en la participación de la divinidad en el todo creado; a lo largo de toda la obra manuelina subyace tal tipo de razonamiento; “bien así como el aire, et el fuego, et el agua, et la tierra, cuatro elementos así el home ha en sí cuatro humores que son la sangre, et la cólera, et la flema, et la melancolía” (*L. cab.*, 247).

Nos encontramos la típica correspondencia –común a todo el Medioevo– entre los cuatro elementos y los cuatro humores.

Don Juan Manuel con mucho tino llama al hombre “mundo menor” en

3. Cf. Green (1969: 183 y ss.).

4. Cf. Gilson (1958:406 y ss.) y Rico (1970).

contraposición al “mundo mayor”, es decir, el mundo natural (*L. cab.*, 247); claramente se evidencia en estas designaciones la concepción del hombre como microcosmos frente al macrocosmos.

En las obras didáctico-doctrinales de don Juan Manuel hay una continua explicitud de la concepción del hombre como microcosmos: “otrosí el hombre se semeja al mundo, ca todas las cosas que son en el mundo, son en el home et por ende dicen que el home es todas las cosas... ca asi como la piedra es cuerpo, así el home es cuerpo... así como el árbol et las otras plantas nacen, et crecen, et han estado, et envejecen et se desfacen, bien así el home face estas cosas porque ha parte et semejanza en todas las cosas” (*L. cab.*, 246). El modo de aprehensión de los hechos tanto físicos como espirituales, y su inteligibilidad, se apoya en el razonamiento por analogía o semejanza porque “los homes non pueden también [= tan bien] entender las cosas como por algunas semejanzas” (*L. est.*, II, 282).

La necesidad de explicar una cosa por otra, de encontrar correlaciones aun donde la razón las niega, es tan fuerte para el espíritu medieval que llevará a Juan Manuel a repetir la definición de Alejandro Neckham (1157-1217), del hombre como un árbol al revés, que se encuentra en su tratado *De la naturaleza de las cosas y las alabanzas de la sabiduría divina*. La comparación es tan coincidente con la de Neckham que debemos pensar que Juan Manuel conoció dicho tratado, lo que no es de extrañar ya que fue una obra muy manejada en su época. Juan Manuel dice “otrosí semeja el home al árbol *trastornado*” (*L. cab.*, 246) y explica que la raíz corresponde a la cabeza del hombre, de ahí que sea un árbol trastornado o al revés; Neckham explicaba la misma definición del hombre como árbol al revés porque los cabellos de un hombre corresponden a las raíces, es decir, que anda con las raíces al aire.⁵ Pero ¿de dónde proviene esta necesidad tan perentoria de un conocimiento adquirido a partir de la analogía? Juan Manuel la explica “por razón que los homes somos envueltos en esta carnalidad gravosa, non podemos entender las cosas sotiles espirituales sinon por alguna semejanza” (*L. est.*, II, 347).

Cuando el hombre sentirá esa carnalidad ya no como “gravosa” sino tal como es en toda su magnificencia, la búsqueda de lazos trascendentes que expliquen “el aquí y el ahora” pasarán a segundo término y las cosas adquirirán su plena realidad. “Melibeo só, y a Melibea adoro y en Melibea creo y a Melibea amo” encarna el nuevo credo renacentista en el que lo trascendente desciende a las esferas inferiores.

Del hombre hemos de pasar al universo, al macrocosmos en el que está

5. *Trastornado*, ‘vuelto del revés, invertido’; citado en Gilson (1958:406).

inmerso; don Juan Manuel sigue la teoría tolomaica imperante en su época. Aunque no parece que se haya sentido atraído por la astrología –ninguna de sus obras toca tal tema– debió tener conocimiento de las tablas planetarias basadas en los métodos de Ptolomeo que fueron confeccionadas por astrónomos judíos y cristianos en Toledo. Su tío Alfonso el Sabio, dirigió tan magna tarea y es indudable que también colaboró en ella.⁶ *Sus libros del saber de Astronomía*, recopilación de las doctrinas de Ptolomeo, tuvieron larga difusión en Europa y constituyen la fuente más directa que maneja don Juan Manuel.

El cosmos comprendía ocho cielos: siete esferas concéntricas y en cada una un planeta o estrella moviéndose de Oriente a Occidente: la luna, Mercurio, el sol, Venus, Marte, Júpiter y Saturno; luego, más alto que todos, venía el octavo cielo en el que estaban las estrellas fijas. Esta esfera o cielo correspondería al *Primum Mobile* que es quien da movimiento a los otros siete cielos. Juan Manuel hace coincidir en el octavo cielo las estrellas fijas y el *Primer Motor*, que para Tolomeo ocupaba el noveno cielo. En su estilo repetitivo y en un castellano aún poco flexible, Juan Manuel escribe: “Esto me da a entender que son ocho cielos, et que anda en cada uno de los siete cielos cada una destas estrellas, et que uno es más alto que otro... Et así para estas siete estrellas conviene que haya siete cielos, et para que estén las otras [estrellas] que non se mueven et que lieven los otros cielos en que están las otras siete estrellas, conviene que haya otro cielo que faga esto... Otrosí tengo que pues el cielo en que andan es más alto que todo...” (*L. cab.*, 243).

Las estrellas fijas forman constelaciones y han sido puestas de tal manera para que, análogamente, recuerden cosas del mundo físico: “et son puestas a semejanza et en nombre de algunas cosas a que semejan por la cantidad que ha en ellas, et son casas et posadas de Jas otras planetas...” (*L. cab.*, 245) –de ahí precisamente los nombres que se les han asignado a dichas constelaciones cuya forma ha sido pre-establecida por su creador.

¿Qué concepción tenía Juan Manuel de ese universo visto desde el punto de vista temporal? Para los cristianos toda noción de la historia debía partir de la creencia en un mundo creado por voluntad divina y con un fin que está más allá de los límites de la vida presente. La idea de un orden lineal de la historia se remonta a San Agustín, quien relaciona el curso de la historia de la humanidad con los seis días de la creación y con las seis edades de la vida.⁷ *La Grande e General Estoria* de Alfonso el Sabio también repite la ordenación en seis edades;

6. Cf. Toulmin y Goodfield (1961:184).

7. Cf. Gilson (1952:356) y Curtius (1955, I:51).

“et vos debedes saber que después que Adam fue criado, et se comenzó el mundo, allí comenzó la primera edad, et duró fasta Noé; et comenzó la segunda edad entonce, et duró fasta Abram; et comenzó la tercera, et duró fasta David; ende vino la cuarta, et duró fasta Nabucodonosor; entonce vino la quinta, et duró fasta Jesucristo. Así que ia nascencia de Jesucristo fue en la sexta edad et comenzóse entonce, et razón era de comenzar, ca por él se comenzaba la salud del mundo” (*L. est.*, 351).

La frase final revela esa concepción cristiana que pone el acento en el comienzo de una nueva era: el nacimiento de Cristo. Juan Manuel lo afirma repetidamente por boca del caballero anciano: antes de tan magno suceso los pueblos vivían en ley de naturaleza pero ella no bastaba “ellos nunca fueron en ley que les fuese prometida salvación de las almas” (*id.*). Con la Buena Nueva, Cristo promete a los justos la bienaventuranza individual y la resurrección del cuerpo y del alma. La concepción medieval de la historia buscó una explicación inteligible que diera cuenta tanto del origen de la humanidad como de la asignación de un fin.

Hasta aquí hemos esbozado algunos aspectos del pensamiento medieval que sustenta el conjunto de la obra de Juan Manuel y que es común a toda una época en el occidente europeo. Pasemos a los medios empleados por el autor para dar forma a ese pensamiento, en otras palabras, el arte de la forma, y comencemos por los tópicos. El tópico más frecuente en Juan Manuel es el de la “falsa modestia” o “confesión de incapacidad”,⁸ heredado de la antigua retórica más que de la humildad cristiana de los autores cristianos de la antigüedad: es producto del afectado manierismo de la tardía latinidad cuyo fin era la *captatio benevolentiae* del lector. Este aparentar por parte del que escribe incapacidad y poco entendimiento va usualmente en el prólogo de la obra y dirigido indirectamente al lector o a quien se dedica la obra.

Don Juan Manuel, en el prólogo al *Libro del caballero et del escudero*, que dedica a su cuñado el Arzobispo de Toledo, confiesa su incapacidad: “et non lo fiz porque yo cuidé que soppiese componer ninguna obra muy sutil nin de gran provecho...”, donde sutil no alude aquí a ‘finura, elegancia’ sino más bien al ‘estilo retórico, oscuro’ propio del ideal literario heredado del manierismo anquilosado de siglos anteriores. Toda la frase, creo, hay que verla como la petrificación de un tópico muy antiguo. Siguiendo en el ámbito del *topos* de la modestia, don Juan Manuel, con una humildad puramente retórica, afirma: “yo que so lego que nunca aprendí nin leí ninguna sciencia”; es decir, el no letrado frente a la calidad de clérigo ‘erudito, conocedor de latín’ de su cuñado. Pero, no nos engañemos, estamos siempre ante el *topos*; unos momentos antes Juan Manuel había hecho referencia a una traslación

8. Cf. Curtius (1955, II:582 y ss.).

que él mismo hiciera del latín al romance de una obra que le enviara el Arzobispo. Nuevamente, en los primeros capítulos del *Libro de los estados* confiesa su incapacidad: “mengua de entendimiento o del mío saber” y en el prólogo al *Conde Lucanor* el “grant atrevimiento de fablar en tan altas cosas”.

Conjuntamente a la confesión de incapacidad dirigida a captar la benevolencia del lector y a liberar al autor de una crítica severa, debe verse la concepción del artista y de la obra de arte. Si el error es producto de la incapacidad, “de la mengua de entendimiento”, la perfección y utilidad lograda de una obra es obra de Dios. La fuerza creadora es atribuida repetidamente por Juan Manuel a Dios; el artista no es más que el intérprete de la creación divina: “si alguna cosa fallaren bien dicha o aprovechosa, agradéscanlo a Dios, ca El es aquel por quien todos los buenos dichos et fechos se dizen et se fazen” (*Luc.*, prol.).

Pero frente a esta humildad del que escribe sintiéndose instrumento divino se revela el artista dando preponderancia y valor a la propia experiencia más que a la tradición libresca. Son muchos los pasajes en que Juan Manuel afirma su “yo” y su “experiencia personal”; “tracta de cosas que yo mismo probé en mí mismo et en mi fazienda”; “las cosas que yo probé et vi”; “son cosas probadas et sin ninguna dubda”, son algunas de las muchas frases del prólogo al *Libro infnido* escrito para su hijo. En este libro de “castigos” o consejos, don Juan Manuel toma el papel del caballero anciano, es decir, del maestro, para transmitir a su hijo un conocimiento adquirido a través de la vida misma. Su experiencia se plasma en “modelo” de educación política, social y moral del joven noble. Pocos escritores de su época han sentido con tanta fuerza como don Juan Manuel la importancia de la experiencia concreta para la praxis de la vida. Raramente trae a colación en sus obras a Autoridades o a hechos de un pasado remoto para sustentar sus consejos. Remite a sí mismo, a lo que él vio y probó. Igualmente, en el *Libro de la caza* es su gran conocimiento de ese arte lo primordial, y es la única de sus obras en que no aparece el tópico de la “falsa modestia”. Este pequeño tratado de caza nace a partir de su conocimiento práctico, pues lo que más cumple, como él mismo dice, es la práctica y no la teoría. Las páginas de este libro llevan al lector a recorrer los parajes, montes y ríos que el mismo Juan Manuel conoció. Es un detallado itinerario de los mejores lugares para practicar el arte de la caza. Don Juan Manuel tiene conciencia de los cambios y mudanzas que hay de un tiempo a otro; por eso se siente llevado a mostrar “como se mudó la manera de la caça” desde los tiempos de su tío Alfonso el Sabio.

Es por ello que los pasajes más amenos de Juan Manuel son aquellos en que habla entre líneas su experiencia. Cuando el caballero anciano responde a las

preguntas del joven escudero acerca de qué son los ángeles, las plantas, los metales, etc., es muy escueto en sus contestaciones y la impresión que se tiene es que don Juan Manuel no siente tanto interés por extenderse en dichos temas; cada capítulo comienza con una larga introducción en la que reside la sustancia de su arte, pues en ella habla de los temas que fueron el centro de su interés y de su rica experiencia de hombre noble en las múltiples situaciones que le deparó la vida: adecuación al propio estado, la crianza de los señores, sus virtudes, su comportamiento con los otros; los temas de la honra y de la vergüenza que tendrán una rica producción literaria en España –y solo al final, muy brevemente, contesta a cada pregunta, de tal modo, que lo que debería ser el centro del capítulo pasa a ser tema secundario.

Julio, el consejero del *Libro de los estados*, le dice a su discípulo el Infante que todo lo que desea saber “escrito lo fallaredes en otros libros, pero si vos quisiérades que vos fable en todo segund yo lo entiendo, facerlo he” (315). En este pasaje y en lo que sigue hay un doble juego, por un lado Juan Manuel se desdobra en el personaje de Julio y por otro en el del Infante para dirigirse al lector; “bien sé yo que tanto tiempo ha que comenzó el mundo, et tantos fueron los sabios que fablaron en las sabidorías, que non hay en el mundo cosa que ya dicha non sea” (id.), le contesta el Infante a Julio. Juan Manuel es consciente del respeto existente hacia los *Auctores* dentro de la enseñanza tradicional pero se evidencia un cierto rechazo ya que opone al “libro” su propio saber y debemos interpretarlo como saber adquirido a través de su turbulenta vida y en contacto con la realidad política de su tiempo. Veamos qué argumentos utiliza Juan Manuel a través del Infante: “será más loado el vuestro saber por lo que vos dijierades, que si hobieramos de buscar los libros que los otros sabios ficieron” (id.). Pero hay otro argumento que maneja el infante Johas para preferir las explicaciones de Julio a la lectura de los libros en los que podría hallar respuestas similares. Y es que entenderá mejor su manera “complida et declarada” –como él la denomina– que la de tales libros. Quiero aclarar que no debe interpretarse que la oposición planteada es la del “libro” frente a la transmisión oral; en la situación de ficción en que se sitúan los personajes puede entenderse así, pero a un nivel más profundo la oposición que se plantea es entre dos estilos literarios. ¿Si no para qué haber escrito todos esos libros y haber cuidado tanto de su copia exacta?

A este punto entramos en el problema de las dos tendencias antagónicas presentes en el estilo literario de la Edad Media: el ideal de claridad que tiene su origen en el *sermo humilis* y el ideal de oscuridad que parte del estilo retórico elevado. Ambas coexistieron desde la tardía latinidad y respondían a móviles diferentes. Es aquí donde echamos muy de menos las dos obras perdidas de don Juan Manuel relativas

a su producción poética y retórica: *Las reglas de trobar*, citada en el elenco de sus obras de su *Prólogo General* y el *Libro de los cantares* o *Cantigas* que cita tanto en el *Prólogo* como en el *Conde Lucanor*.

Habríamos podido manejar un rico material útil para dilucidar muy diversos problemas sobre preceptiva literaria. Pero debemos limitarnos a los pocos pasajes en que se alude a este problema; en los capítulos LXIII, LXIV y LXV del *Libro de los estados*, Julio y el infante Johas discuten acerca de cómo es mejor escribir: la discusión se centra en la oposición entre una escritura *luenga et declarada o abreviada et escura*, tema que el autor vuelve a tratar en la segunda parte del *Conde Lucanor*. “Más provechoso es para el que ha de aprender en ser la scriptura más luenga et declarada que non abreviada et escura” (*L. est.*, 314). Con plena conciencia e intención bien meditada, Juan Manuel tiende a una expresión sencilla y clara, cercana al lenguaje corriente. El carácter didáctico de sus obras exigía tal estilo. Esta tendencia estilística tiene una larga tradición que se entronca con el *sermo humilis* de los Padres de la Iglesia –tan magníficamente estudiado por Auerbach⁹ cuyo objetivo primordial era adoctrinar. Este ideal de claridad, además, va emparejado con el uso del romance por parte de don Juan Manuel. Ello supone la existencia de un público laico no avezado al uso del latín pero no por eso inculto. Es el nuevo público lector que se ha venido constituyendo en forma lenta pero progresiva; el número de personas capaces de leer, comparado con los siglos anteriores, ha aumentado y especialmente el público femenino al que curiosamente hace referencia don Juan Manuel: “Et porque este libro es fecho en romance –que lo podrían leer muchas personas tan bien [= tanto] hombres como mujeres...” (5ª parte del *Conde Lucanor*). Estos nuevos lectores exigen y necesitan de obras en su lengua cotidiana pues ya el latín les es desconocido. En el prólogo de los *Proverbios* del *Conde Lucanor* vuelve a afirmar que ha utilizado “razones et enxiemplos... assaz llanas et declaradas” ya que su libro va dirigido a los “que non fuessen muy letrados” (285), es decir, no eruditos; esa nueva lengua exigía también una nueva forma de expresión que no podía ser una imitación del latín retórico; Juan Manuel tiene clara conciencia de la autonomía lingüística del castellano frente al latín y así evita los préstamos y construcciones latinas¹⁰ y no debió sentir como falta de sabiduría el repetir las palabras “que dizen las viejas en Castiella” (*Luc.* ejemplo IV).

Don Juan Manuel rechaza el estilo retórico manierista no por desconocimiento del latín –que sí conocía– sino porque no lo encontraba apropiado al castellano ni

9. Cf. Auerbach (1969:30, 55 y 82).

10. Cf. Lida 1950-51.

a la intención didáctica de sus obras. Este estilo caracterizado por la frase breve, el orden trastocado en las palabras, la ornamentación erudita y el juego de sonidos y ritmos, que tuvo grandes y mediocres exponentes a través del medioevo, también va a experimentarlo don Juan Manuel con el castellano y se hace ineludible la búsqueda de un por qué. La segunda parte del *Conde Lucanor*, la de los *Proverbios*, escrita en un estilo oscuro y abreviado como él mismo lo llama, hay que aceptarla y entenderla como una concesión a su amigo don Jaime, señor de Xérica, quien le rogó que sus libros “fablassen más oscuro... que non fuesse tan declarado” ya que consideraba “mengua de sabiduría fablar en las cosas muy llana et declaradamente” (286). Evidentemente el señor de Xérica era un entusiasta partidario del retoricismo literario. Pero también podemos adivinar entre líneas una sutil ironía por parte de don Juan Manuel hacia ese formalismo que equipara oscuridad con sabiduría. Juan Manuel sabía que sus lectores al comparar la primera parte, donde sus ejemplos discurren en forma tan amena y clara, con la segunda parte, enrevesada y casi un juego de acertijos, se enfrentarían a una elección entre dos modos de escritura, donde saldría victoriosa la primera forma de expresión y la segunda sería tenida por lo que era: un juego malabarístico en el que el autor demostraba habilidad, y que podía satisfacer a los admiradores de la *brevitas* retórica.

Juan Manuel en muchos pasajes de sus obras hace énfasis en la claridad y transparencia del estilo, y el tema del *Conde Lucanor*, más que cualquier otra obra exigía un estilo claro y sencillo por su finalidad “ejemplar”. Y es precisamente en el prólogo a este libro donde desarrolla el muy conocido tópico medieval de la necesidad de mezclar lo amargo con lo dulce para que la enseñanza se haga más leve. La adecuación entre forma y contenido es la característica por excelencia del arte de escribir de Juan Manuel. Es por ello que en la segunda parte del *Libro de los estados* donde toca problemas teológicos, la exigencia de claridad no puede ser cumplida. El autor plantea que no siempre es fácil hablar de tales cosas: las Escrituras contienen misterios que la razón no puede explicar y a menudo las palabras encierran contradicciones y muchas cosas, que por ser profundas, resultan oscuras. ¿Cuál podía ser la forma más idónea para tal tipo de exposición? –parece preguntarse don Juan Manuel– ya que el peligro consiste en crear la duda en el lector. En este caso “estas tales cosas quíerolas yo poner por letras tan oscuras que los que non fueren muy sotiles non las pueden entender” mientras que las verdades más sencillas “las declararé por este romance llanamente” (346). En este pasaje se observa claramente cómo Juan Manuel propicia una adecuación de la palabra al contenido; la escritura “encubierta” respondía a un principio didáctico, el de la dificultad a la que debe enfrentarse el que desea el saber:

porque segunt dizen los sabios, quanto orne más trabaja por haber la cosa, más la terná después que la ha. Otrosí, porque dizen que el saber debe ser cercado de tales muros que non puedan entrar allá los necios, e por ende ha en este prólogo algunas razones ya quanto sotiles segunt parecerá adelante, Pero son tales, que todo orne que haya buen entendimiento, aunque non sea letrado, las entenderá. E el que lo hobiere tal que las non pueda entender es bien que las non entienda, pues non puede pasar tan flaco muro como el de aquellos son cerrados (Crónica Abreviada).

Por último tenemos el *Libro del Conde Lucanor et de Patronio* donde se continúa el esquema fundamental de las parejas consejero-aconsejado, maestro-discípulo, de sus obras didácticas:¹¹ el caballero anciano y el joven escudero, Turín y el príncipe Johas, y el mismo don Juan Manuel aconsejando a su hijo en el *Libro infnido*. Don Juan Manuel repite en las figuras de Patronio y el Conde Lucanor el mismo esquema pero dentro de una nueva estructura: la ficción. Creo que bien puede considerarse esta obra el vértice de su producción, fruto de la madurez, en la que logra dar vida a conceptos abstractos traduciéndolos en “ejemplos” hechos realidad.

Si todas sus obras doctrinarias se fundan en la enseñanza teórica mediante signos claros y transparentes, en el *Conde Lucanor* se plantea al lector esa misma enseñanza encarnada en la realidad caótica de la vida donde los signos deben ser interpretados, descifrados, pues, de su buena “lectura” dependerá el éxito y provecho del hombre. Las situaciones que le plantea el Conde a su consejero corresponden a los casos concretos que ofrece el vivir, pero en los que se hace necesario ir más allá de las palabras para hallar el verdadero significado, y es Patronio el encargado de descubrir la verdad. Lo encubierto y oscuro ya no reside en el estilo sino en las situaciones que dan inicio a los consejos, por ello los signos necesitan de una doble interpretación: una literal, por lo general falsa, simple disfraz de lo que en verdad se esconde tras las apariencias; la interpretación correcta es la que emana de Patronio. Con el *Conde Lucanor* alcanza don Juan Manuel la perfección de su arte: pone en movimiento a través de la narración el caudal de su pensamiento doctrinario.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Auerbach, Erich. 1969. *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*. Barcelona: Seix Barral.

Curtius, Ernst Robert. 1955 [1945]. *Literatura europea y Edad Media latina*, I y II.

11. Cf. Diz 1981

- México D.F., Buenos aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gayangos, Pascual de (ed.). 1952[1860]. *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*.
Biblioteca de Autores Españoles, Tomo LI. Madrid: Atlas.
- Gilson, Etienne. 1952. *El espíritu de la filosofía medieval*. Buenos Aires: Emecé.
- Gilson, Etienne. 1958. *La filosofía en la Edad Media*, 1. Madrid: Gredos.
- Green, Otis H. 1969. *España y la tradición occidental*, II. Madrid: Gredos.
- Lida, M. Rosa. 1950-51. Tres notas sobre Don Juan Manuel. *Romance Philology* 4.
155-194.
- Rico, Francisco. 1970. *El pequeño mundo del hombre*. Madrid: Castalia.
- Diz, Marta Ana. 1981. Relato, fabulación, semiosis: la producción de significado en el Conde Lucanor. *Modern Language Notes* 96. 403-413.
- Stefano, Luciana de. 1966. *La Sociedad estamental de la Baja Edad Media española a la luz de la literatura de la época*. Tesis Doctoral. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Toulmin, Stephen y June Goodfield. 1961. *La trama de los cielos*. Buenos Aires: Eudeba.